

generosa. Sus amigos le preguntaron la causa. «Yo espero les responde Sócrates reunirme á los buenos dioses y perfectos, y á hombres mejores que los que dejo en la tierra.» Phedon combate la opinion de los que decian que el alma se disipa como el humo despues de la muerte y pretende probar que el alma tubo una real existencia antes de animar un cuerpo humano; esto último es un error, porque las almas no existen hasta que son unidas á los cuerpos que animan; pero es un error, en que se contiene la verdad de la inmortalidad del alma.

Platon enseña terminantemente el dogma de la inmortalidad del alma, el dice, «las almas puras que han trabajado en la tierra en deshacerse de toda suciedad terrestre, se retiran despues de la muerte á un lugar invisible que nos es incógnito, donde lo puro se une á lo puro, lo bueno á su semejante, y nuestra esencia á la esencia divina.»

Pitágoras es del mismo modo de pensar y en los comentarios de Hierocles sobre los versos dorados, que se atribuyen á este filósofo se leen estas palabras del mismo Pitágoras.

«Como nuestro alejamiento de Dios y la pérdida de las alas que nos elevan á las cosas celestes, nos han precipitado á esta region de muerte donde todos los males habitan; así el despojo de las afecciones terrestres y el renuevo de las virtudes hacen renacer nues-

tras alas y nos elevan á la mansion de la vida donde se hallan los verdaderos bienes sin mezcla de mal alguno. La esencia del hombre manteniendo el medio entre los seres que siempre contemplan á Dios y los que son incapaces de contemplarle, puede elevarse á los unos, ó bajarse á los otros. El malo no quiere que el alma sea inmortal, de miedo de no vivir despues de la muerte sino para padecer; pero no lo sienten así los jueces de los infernos. Como ellos forman sus juicios sobre las reglas de la verdad no pronuncian que el alma no debe existir mas, sino que debe ser siempre viciosa. Ellos trabajan en corregirla y sanarla disponiendo penas para la salud de la naturaleza, así como los médicos sanan con incisiones las úlceras malignas. Estos jueces castigan el crimen para desterrar el vicio. Ellos no anonadan la esencia del alma sino la guian á existir verdaderamente con purificarla de todas las pasiones que la corrompen.»

Theopompo siguiendo la mitologia de los orientales habla de un combate de los dioses que ha de durar nueve mil años, el cual concluido, dice, que entonces los hombres serán bienaventurados y sus cuerpos serán transparentes, que el Dios que todo lo ha producido se ocultará hasta ese tiempo que no es largo para un Dios, sino como un momento de sueño.

El abate Ramsay haciendo sus indagaciones sobre la crénica de los antiguos filoso-



fos orientales dice que para juzgar de su mitología es preciso recurrir á los filósofos orientales de nuestros dias, y ver si quedan aún entre los discípulos de Zoroastro algunas señas de la antigua doctrina de su maestro, por haberse perdido los antiguos libros de los persas. Para esto ocurre á la traduccion que de algunos principios de Sharistani filósofo arabe del siglo XV. hizo Mr. Hyde doctor de la iglesia anglicana, que viajó por el oriente, y entendia perfectamente la lengua del país. De estos principios, de las naciones que Estrabon ha conservado de la antigua teologia de los gimnosofistas, y de lo que hay traducido del *Vedam*, libro sagrado de los brachamanes saca sus fundamentos para manifestar la creencia de los filósofos antiguos de aquellos pueblos, y en esta creencia se contiene la de la inmortalidad del alma.

Los brachamanes, demuestra Ramsay, miran el estado de los hombres en esta vida como el de los niños en el seno de la madre. La muerte segun ellos, es un nacimiento á una verdadera y dichosa vida: crén que las almas son dimanadas de la esencia divina en la eternidad, ó á lo menos producidas mucho tiempo antes de la creacion del mundo, que hallándose en un estado puro pecaron, y luego fueron enviadas á los cuerpos, que el cuerpo en que el alma habita es como un calabozo ó una prision, y que despues de un cierto número de metempsicosis serán reunidas á su o-

rigen, volverán á la compañía de los dioses y serán divinizadas (1).

No pudiendo los incrédulos negar que la creencia de la inmortalidad del alma ha sido general entre los hombres, unos desesperan de encontrar su origen, mas otros buscan en los escritos de la antigüedad algunos testimonios en que fundar que esta se estendió por la tierra tomando su principio en algun pueblo antiguo. Unos dicen que Egipto fué el inventor de este dogma y para probarlo, se valen de un testimonio de Herodoto, que asegura, que los egipcios han sido los primeros que han enseñado la inmortalidad del alma, hecho altares, y templos y erigido estatuas á los dioses.

Este pasage de Herodoto únicamente nos enseña que los egipcios fueron los mas civilizados y mas sabios, que procuraron dar al culto de sus dioses un aparato pomposo, y que pretendieron dar las razones en que se fundaba su creencia; pero no dice este escritor que ellos inventaron la creencia de una divinidad y la inmortalidad del alma. Y aun cuando Herodoto dijera lo que quieran los incrédulos; de qué peso seria su autoridad, contra el testimonio de toda la antigüedad? Los

---

(1) En todo esto hay un tegido de fábulas absurdas, pero siempre encontramos entre las fábulas la creencia que tenian de la inmortalidad del alma.



mas antiguos poetas Orfeo, Homero, Hesiodo &c., que han dado sistemas de teología y de religion conformes á las ideas populares de su tiempo, han establecido el dogma de la inmortalidad del alma y de los castigos y recompensas futuras como un artículo fundamental de la creencia. Todos los poetas que siguieron á estos no se separaron de sus principios y Euripides, Sofocles, Eschilo, y Aristofano cuya profesion era pintar las costumbres de las naciones civilizadas y bárbaras han sentado el mismo dogma de los antiguos, y tambien se encuentra en los escritos de los filósofos é historiadores. Plutarco tan profundo en la historia, en su consolacion á Apolonio dice que «la opinion de que los hombres virtuosos serán recompensados despues de la muerte es tan antigua que jamas ha podido descubrir el autor, ó el origen.» Ciceron y Seneca aseguran lo mismo, y el primero dice en sus tusculanas «nosotros tenemos la idea de Dios y conocemos sus atributos por la razon, y crémos del mismo modo sobre la autoridad del consentimiento general de todas las naciones que el alma es inmortal.» «Cuando se discute, dice el segundo, la inmortalidad del alma, la unanimidad de todo el genero humano sobre los temores y esperanzas de la otra vida, no es cosa de poco peso.» Sexto Empirico queriendo echar por tierra la verdad de la existencia de Dios destruyendo el argumento que se hace del unánime consentimiento de todos los hom-

bres, dice que si valiera este argumento, con el podria probar igualmente el inferno fabuloso de los poetas: he aqui como este antiguo incrédulo hallaba entre las naciones tan radicada la creencia de Dios como la de otra vida en que los criminales fueran castigados.

No disputaremos al Egipto haber sido el inventor de la metempsicosis y de otra multitud de fabulas pertenecientes á la otra vida; pero si aseguramos que la verdad de la inmortalidad del alma no fué inventada por ellos. Si esta verdad hubiera tenido el mismo origen que las fabulas con que la mezclaron, habrían tenido tambien el mismo destino. Las fabulas limitadas á ciertos pueblos, contradecidas por muchos y últimamente abandonadas, despreciadas y entregadas al olvido testifican que son opiniones de los hombres y que no se fundan en la naturaleza. No ha sucedido lo mismo con la verdad de la inmortalidad del alma, pues aunque en algunos siglos ha sido cubierta de nubes y desfigurada, pero nunca se ha reducido al olvido, pues las mismas nubes en que estaba envuelta indicaban el lugar en que se contenia inmovible, y las mismas fabulas la suponian. Asi pues, la existencia de Dios, la de la ley natural y la de la inmortalidad del alma han sido los tres preciosos dogmas, que marchando imperturbables por una misma senda se han sobrepuesto á todos los obstáculos que les han presentado la impiedad y la su-

Tom. I. *conspicitur ab omnibus* 2



persticion, y disipando la nocion de Dios las sombras con que se ha pretendido obscurecer luego que se ha dejado ver con todo su esplendor ha manifestadose acompañada de las otras dos verdades que le son inseparables, y que tambien se dejaban ver al traves de las sombras.

Cuando Homero en su iliada representa á Patroclo ya muerto apareciendose á su amigo Achiles y suplicándole, que haga quemar su cuerpo; cuando en la Odissea hace ver á Ulises bajando á los infiernos y conversando con los muertos; cuando Virgilio refiere la bajada de Orfeo á los infiernos para sacar de allí á su muger Euridice, cuando se pintan los horrores del tártaro, las penas de Sisipho, de Yxion y de Phedra, la hermosura de los campos eliseos &c. en todo vemos un tejido de fabulas; pero que toman su principio en una verdad; pues tienen por fundamento la crénca de otra vida despues de la presente; y las penas y premios que conforme á las obras de cada uno se aplicarán despues de la muerte.

Si es una verdad que los pueblos antiguos creyeron la inmortalidad del alma, no lo es menos que los modernos, que se han conocido en los últimos siglos han tenido la misma crénca, y su mitología en este punto tenia bastante semejanza con la de aquellos; pues aunque discrepaba en las palabras convenia en el fondo de las cosas. Siendo esto así, ¿darémos mas crédito al testimonio de algunos hombres

corrompidos, que para soltar la rienda á sus pasiones y no tener que temer los castigos de la otra vida quieren destruir esta verdad oponiendose á la sana razon y á la voz de la naturaleza humana? Despreciemos, como es justo, é estos perversos y lloremos su error, ya que no podemos desengañarlos porque cierran los ojos para no ver la luz de la evidencia.

Todas las pruebas de la inmortalidad del alma, segun los incrédulos analizadas manifiestan el vacío que se contiene en ellas. El deseo que los hombres tienen de la inmortalidad es el fundamento de las pruebas, y este fundamento es de muy poco peso. El dogma de la inmortalidad es una invencion de la política, y se puede asegurar, dice un impío, que los hombres por su parte han contribuido mucho para el establecimiento de esta opinion, y el amor propio ha secundado la intencion de los legisladores. La naturaleza ha grabado en nosotros una impresion tan violenta contra la destruccion de nuestro ser, que tenemos necesidad de un espíritu muy filosófico para ver su disolucion sin horror. La ecsistencia nos parece una cosa tan dulce y natural, que no podemos resolvernos á renunciarla, y al mismo tiempo la creemos tan esencial é nuestra naturaleza, que no comprendemos como sea posible que algun dia dejemos enteramente de ecsistir. Sin embargo llevando este temor de nuestra destruccion mas allá de los limites de esta vida,



abusamos de una cosa que la naturaleza ha puesto en nosotros para la conservacion de nuestro ser."

¿Conque la naturaleza ha grabado en nosotros el deseo de ecsistir mas allá del sepulcro, y una aversion violenta contra nuestra destruccion? ¿y conocida esta verdad, se pretende negar que este deseo y esta aversion no estan necesariamente unidos con la realidad de la vida futura? ¿será posible que estas propensiones generales solo las tengamos para la conservacion de nuestro ser en esta corta y miserable vida? ¿Que poca reflexion, que falta de juicio y de filosofia se halla en el autor de esta objecion! La naturaleza, ó hablemos con propiedad, el autor de la naturaleza, Dios, no, no se buria de nosotros, y si ha grabado en el fondo de nuestra alma la aversion violenta á la destruccion, y el deseo de la inmortalidad, no ha sido para tener el cruel placer de vernos siempre apeteciendo lo que es imposible conseguir, y detestando una destruccion, á que nos sujeta sin remedio. Ella no es necesaria para solo cuidar de nuestra conservacion en esta vida, pues para el efecto eran bastantes las sensaciones de placer y dolor, y Dios proporciona los medios á los fines.

¿Que para solo conservar nuestra ecsistencia fugitiva sobre la tierra, nos ha dado un tan grande deseo de ecsistir, que jamas podamos resolvernó á renunciar la ecsistencia? ¡ah! no imputemos al sabio autor de la

naturaleza unas miras tan pequeñas en sus obras.

Es verdad que todos los hombres tienen aversion á la destruccion, ¿pero esta aversion que supone? el amor de otro objeto distinto de la vida presente, y este objeto es la inmortalidad. El mismo deseo de ser inmortalés nos enseña esta verdad. ¿Y este deseo de donde viene? de Dios: pues de una fuente tan pura es imposible que venga un error, y así nosotros no podemos dudar que el deseo de la inmortalidad esté esencialmente unido con la misma inmortalidad.

La ecsistencia de que gozamos en la tierra, no es tan apreciable que jamas nos atrevamos á renunciarla; ella está llena de aflicciones y trabajos, y todo hombre que no piensa con rectitud y que pretende quitar la ecsistencia de la vida futura, contemplando solo en las miserias de la presente, es preciso que se fastidie de vivir y apetezca muchas veces la muerte. Las quejas de los incrédulos cuando consideran la vida presente, nos aseguran de esta verdad. «Decis que la ecsistencia sola es un gran beneficio, dice un impío (1), ¿pero esta ecsistencia no está continuamente turbada por los disgustos, los temores, las enfermedades regularmente crueles y poco mere-

(1) Buen sentido, ó sea las Ideas mas naturales opuestas á las sobrenaturales. p. 100. s. 93.



cidas? ¿Esta ecsistencia amenazada por tantas partes no puede sernos arrebatada á cada momento? ¿Quien es aquel que despues de haber vivido algun tiempo no se ha visto privado de una esposa tierna, de un hijo querido, y de un amigo que le consolaba, cuyas pérdidas vienen sin cesar á asaltar su imaginacion? Muy pocos mortales hay que no se hayan visto forzados á beber en la copa del infortunio; muy pocos que no hayan deseado muchas veces dejar de ecsistir." He aqui como terminando el hombre sus miras en la vida presente no es la ecsistencia tan apetecible que nunca se pueda ver sin horror. Mas no es la ecsistencia actual á la que tiende nuestra propension, es á una ecsistencia feliz y por consiguiente eterna. En esta se halla el fondo de nuestras inclinaciones, esta es la que ecsita en nosotros los sentimientos mas vivos y naturales, la que nos arrastra con una violencia invencible, y á donde se termina nuestra propension, ¿puede hallarse tal ecsistencia en la tierra? Nuestra alma en la vida presente ve y siente que hay en sí misma un vacío inmenso, y fuera de ella objetos incapaces de llenar este vacío. Las riquezas irritan sus deseos y á proporcion que se aumentan los bienes crece el amor de multiplicarlos; los honores no satisfacen la ambicion, la elevacion de otro causa envidia, y cada hombre si se dejara arrebatat de sus inclinaciones desearia que todos sus semejantes ocuparan un lugar inferior, á el: últimamente los placeres causan, dis-

gustan y consumen. ¿Donde, pues, podremos encontrar la satisfaccion de la vehemente inclinacion, que tenemos á una ecsistencia verdaderamente feliz? en ninguna parte de la tierra: sin embargo, el autor de la naturaleza ha puesto en todos los hombres esta inclinacion; ¿acaso solo para inquietarnos con inútiles deseos? no: luego el deseo de la inmortalidad no se nos ha dado para la sola conservacion de la vida presente, sino que hay realmente otra vida en donde poseyendo inmutablemente la verdad y la justicia, seamos eternamente felices.

Para la consecucion de esta felicidad sabemos que es preciso andar por un camino trasado por el Criador; este es el de la observancia de sus leyes. Segun esto ¿cómo el amor propio secundando las miras de los legisladores ha estendido en el mundo el dogma de la vida futura? Este dogma siempre ha admitido la alternativa de una felicidad; ó una desgracia eterna, lo primero para el fiel observador de las leyes del Criador, y lo segundo para el infractor. Por otra parte las leyes dichas refrenan los impulsos de las pasiones, mandan lo justo, y prohiben lo injusto; y los hombres inclinados al mal sienten violencia para obrar el bien y abstenerse del mal. ¿Y acaso el amor propio, ha sido quien por sí mismo y para su placer y comodidad, se ha puesto un freno que le reprina con violencia? Nosotros no dudaremos asegurar que si realmente no hubiera vida futura, y el amor propio



tuviera en su mano la facultad de proporciónarse su comodidad, jamas pensaria en una vida futura, en unas leyes que le reprimieran y en una eterna desgracia que le espantara. Esto lo enseña la razon y la esperiencia lo confirma; pues la vida de los materialistas es la mas desenfrenada.

Un incrédulo despues de haber referido el argumento, que se hace de la necesidad de otra vida para castigar el vicio y premiar la virtud, sienta que para uno y otro no hay necesidad de la suposicion de la vida futura pues sin ella se castigan y premian las acciones de los hombres en este mundo. «En esta vida, dice, los buenos son recompensados de sus virtudes, ó por el testimonio interior de su propia conciencia ó por la estimacion de los otros hombres, y los pecadores son castigados por sus malas acciones con la vergüenza, la ignominia y los castigos que siguen á los crímenes, cuando son descubiertos: hacer el bien, ayudar al prójimo, hacerse cómodo, útil y necesario á la sociedad, lleva consigo una satisfaccion, que vale por una suficiente recompensa, para aquellos que consiguen esto: por el contrario, independientemente de las penas prevenidas por las leyes contra las acciones viciosas, oprimir á su semejante, robarle los bienes, el honor ó la vida, es una conducta que no puede dejar de ser seguida del arrepentimiento, del temor y del castigo.»

He aquí los medios que da este igno-

rante y atrevido incrédulo para seguir la virtud y separarse del vicio: ¿que débiles incentivos para lo primero y que diques tan ineficaces para lo segundo! ¿Será posible que la estimacion, el aborrecimiento de los hombres y el temor de las penas temporales basten para reprimir el ímpetu de las pasiones? Es muy débil esta única sancion para que la ley natural se observe y los hombres se presten á obedecerla. ¿Cuales son los motivos que dá este materialista para que la virtud sea apetecible? ningunos; ó si los dan son mas propios para degradarla, envilecerla y transformarla en vicio. Estos motivos son el orgullo, la vanidad, una complacencia del amor propio y la estimacion de los hombres. Es decir, sacrificar algunas pasiones á la principal, que es el amor propio.

Demás: esta complacencia interior, esta estimacion de los hombres, y este temor de los castigos, y esperanza de recompensas en la tierra, ¿serán capaces de impulsarnos á obrar bien, en todas circunstancias, y separarnos de todo mal sea de la naturaleza que fuere? Esa complacencia fundada en el testimonio de la conciencia, cuando falta la vida futura, es una quimera inconcebible, pues la conciencia lo que podrá asegurar al que hace sacrificios para practicar la virtud, es que quien obra bien es una victima del orgullo y la vanidad.

Jamás se podria encontrar una virtud sólida, no teniendo ella en sí mas atractivo



que el de la vanidad: la virtud siempre sería superficial y artificiosa dirigida unicamente á brillar en los ojos de los hombres para conseguir sus sufragios, y como hay tiempos en que confundidas las nociones de la virtud y del vicio, se tiene lo justo por injusto, y la multitud de gentes corrompidas ofrecen al crimen los incentivos debidos á la virtud, entonces esta no hallaría lugar en la tierra, pues los que la apreciarán serían despreciados de sus semejantes.

No es esto una mera teoría pues en el siglo pasado se vió en Francia colocado el crimen en el trono de la virtud, y el hombre de bien sufrió las privaciones y la muerte por premio de su providad, al mismo tiempo que el mas perverso era el mas honrado y premiado por sus crímenes. Cuando la razón llega á estraviarse hasta este punto ¿cual será el resorte que queda á la virtud para que se conserve con vigor? el crimen tendrá todos los incentivos para agradar á los corrompidos, y la virtud se despreciará. Esta vergüenza é ignominia con que, segun los incrédulos, son castigados los malvados, no puede tener lugar cuando la maldad es apreciada y atendida, y antes por el contrario los perversos se glorian en sus iniquidades. Mucho menos se podrán temer los castigos cuando en su lugar se encuentran los premios. Las calumnias, la desenvoltura, el robo, el asesinato, la irreligion y aun el monstruoso ateísmo fueron alabados y premiados en Francia á fines del siglo pasado. Cuando faltan

de este modo los premios y castigos presentes para la virtud y el vicio, y tambien la noción de la vida futura, ¿donde están los motivos que impulsen al bien obrar?

Mas aun suponiendo que siempre hay castigos temporales para los malvados, ¿cuantos crímenes quedarán impunes por no ser descubiertos? ¿cuantos crímenes de moda, ó autorizados por una costumbre viciosa? ¿cuantos cometidos por los poderosos, contra los cuales aunque las leyes clamen, no tienen energia para aplicar los castigos que han señalado á los delitos? ¿y podrá un racional juzgar como suficientes motivos para obrar bien los que asigna el materialista de que hablamos? ¿Que poco conoce este lo que es virtud y vicio! Si tubiera una verdadera idea de la virtud, confesaría francamente, que esta no puede hallarse sino en un corazon que estiende sus deseos hasta la inmortalidad. La virtud es el amor del orden y está fundada sobre la verdad y la justicia: segun estas nociones la primera de todas las virtudes debe ser el amor del ser eterno, quien siendo infinitamente bueno, debe ser amado sin limites, y siendo la causa primera y el principio del orden debe ocupar el primer lugar el amor del criador. La virtud, pues, que tiene á Dios por objeto y por motivo, tiende por su propia naturaleza á la eternidad, porque si se contubiera en los límites de la vida presente ya esta sería una virtud muy mezquina indigna de su objeto y su motivo.



Decir que hacer el bien, amar al prójimo, hacerse comodo, útil y necesario á la sociedad lleva consigo una satisfaccion que vale por una suficiente recompensa, es pronunciar palabras sin ideas, pues ya esta virtud seria un vil comercio que se hacia de buenas acciones, por alabanzas pasajeras, y el amor propio buscando únicamente sus propios intereses, no daria sino para recibir, y saltando el premio faltarian las buenas acciones; de donde se seguiria que uno que habia vivido segun las reglas de la justicia, estaria pronto á desmentir su conducta segun se presentáran las circunstancias. ¿Quien pues podria merecer la confianza de sus semejantes? el deber, la virtud nos mandan que cooperemos todos á la felicidad de la pátria, y que sacrifiquemos nuestros mas preciosos intereses por el bien comun; hay casos en que debe el hombre virtuoso dar sus bienes y aun su vida por la pátria; pues si el amor propio es el único norte de sus operaciones, ¿habrá alguno que quiera hacer tamaños sacrificios? cada uno buscará su comodidad y su interes, y siéndole provechoso venderia su pátria á un tirano, sin el menor remordimiento.

En efecto, los remordimientos no pueden tener lugar en el alma de los materialistas, si estos están persuadidos de sus impíos sistemas: estos remordimientos no están fundados sino en la persuacion de la ecsistencia de un Ser supremo, que todo lo ve, de todo cuida, y tiene

sancionada una ley eterna, manda su observancia prometiendole premios eternos, y amenazando con castigos de la misma naturaleza á los transgresores de ella. Todo esto está necesariamente enlazado con la vida futura, é inmortalidad del alma; la que quitada, los remordimientos solo se considerarian como unos vanos delirios de la imaginacion, que careciendo de toda realidad debian desecharse, y jamás dar oídos á las voces de la conciencia.

Mas aun dejemos que subsistan estos remordimientos quitada la vida futura, ¿cómo se puede asegurar que puedan ser el único y suficiente castigo de los culpables? La ley de equidad ecsige que las penas sean proporcionadas á los delitos, luego á proporcion que estos se aumentáran, debian crecer aquellas, y la experiencia nos testifica lo contrario. Los criminales cuando comienzan á andar el camino del vicio, sienten grandes remordimientos; mas despues que se han familiarizado con la iniquidad, ya son muy poco estimulados por la conciencia; y últimamente llegando el impío al profundo de los pecados, todo desprecia, y no hay remordimientos que le aflijan: *impius cum in profundum venerit peccatorum contemnit*. He aqui como la pena no se ha proporcionado al delito, pues aumentándose este, se disminuye aquella. Luego si los remordimientos fueran el único y suficiente castigo de los pecados, para espiarlos seria el mejor arbitrio desenfrenarse en la carrera del vicio.